



Abderraim

Conocimos a Abderraim una calurosa mañana del mes de Julio, en el mercadillo. Mi amigo Miguel Angel y yo mirábamos discos cuando se nos acercó, repartiendo folletos de propaganda. Miguel Angel que, como casi siempre, llevaba su cámara al hombro, le hizo algunas fotos y estuvo un rato hablando con él. Abderraim es marroquí, lleva sólo un año en España. De ahí surgió la idea de quedar con él para charlar más en otro momento. Nos preguntábamos cómo sería el día a día de alguien que (como sucediera a nuestros emigrantes en los sesenta), trata de salir adelante en otro país, expresándose en un idioma que no es el suyo y luchando por adaptarse a costumbres que desconoce.

Nuestro segundo encuentro tuvo lugar en medio del rugido de los coches que transitan por la autovía en dirección Madrid. Abderraim vendía melones en un puesto junto a la carretera. Nos acogió con simpatía, nos dejó fotografiarle de nuevo y contestó lo mejor que pudo a nuestras preguntas.

Su nombre completo es Abderraim Koumtali, y es natural de El Jadida, a poco más de cien Kilómetros de Casablanca. En Marruecos estudió peluquería, y estaba ya trabajando, cuando conoció a una chica española. Ella se comprometió a facilitarle las cosas en España si él se decidía a venir con ella. Pero cuando, tras abandonar su trabajo, Abderraim llegó a Toledo, de donde era natural la joven, todas las promesas vinieron abajo. Se encontró en un país extraño, sin permisos de trabajo ni de residencia, sin trabajo ni lugar donde vivir. A pesar de todo, España le atraía y decidió luchar por quedarse aquí.

Abderraim nos insistió una y otra vez en la gran ayuda que le han prestado determinadas personas, en especial Vicente (dueño del bar del mismo nombre). Desde su llegada a Manzanares ha disfrutado -nos dijo- de buena acogida, y de la amistad de numerosos manzanare-

ños. Hasta el punto que, tras preguntarle qué es lo que más le gusta de España y, en concreto, de Manzanares, Abderraim contestó sin dudar: «sus gentes». Afortunadamente para él, dice no haber sentido en sus carnes los brotes de racismo y xenofobia de los que son víctimas compatriotas suyos en otros lugares de España, si bien sí ha oído hablar, con preocupación, de esa violencia. Pero la preocupación principal de Abderraim no puede ser otra que la de solucionar su situación en España. Por el momento, ha presentado dos precontratos de trabajo, con el objetivo de conseguir los permisos necesarios y legalizar su situación. En la primera ocasión (Noviembre del año pasado) la respuesta fue negativa. El segundo precontrato, lo ha presentado este mes de Septiembre, y, hasta donde sé, debe hallarse en espera de contestación. Abderraim no tuvo inconveniente en enseñarnos todos sus papeles, y en manifestar el desasosiego que produce encontrarse en una posición tan insegura como la suya. Su objetivo es establecerse en España, con un trabajo y un hogar (actualmente reside en las viviendas sociales que proporciona el Ayuntamiento, junto a la plaza de toros), poder devolver a los amigos la ayuda que le han prestado. Pero para eso precisa tener sus papeles en regla.

Nuestra charla junto a la auto-

por *Trinidad Noguera*



vía fue larga, aunque entorpecida por el ruido de los coches y las dificultades con el idioma que Abderraim poco a poco intenta superar. Nos habló de las ferias que se celebran en las ciudades marroquíes, de los torneos a caballo, de los platos típicos. Nos explicó cómo sus compatriotas que trabajan allí en los Pirineos se detienen en su puesto a comprar melones, cómo le hablan de su país, de las largas horas de coche por Europa, del hacinamiento en el aeropuerto de Algeciras, de la travesía en Ferry, del coche una vez más hasta la ciudad de origen en Marruecos, a veces a varios cientos de Kilómetros de Tánger. Prefirió -prudente él- no tocar el tema de la política.

Nos despedimos deseándole suerte, no sin antes prometerle un ejemplar de Siembra en el que se publicase este artículo. Esperamos que cuando este número vea la luz, Abderraim siga entre nosotros y haya solucionado sus problemas. Que en esta ocasión (y que sí sirva de precedente) el trabajo, la solidaridad y la buena voluntad de las gentes logre derribar los muros que la burocracia se empeña en levantar.

FOTOGRAFÍA: MIGUEL ANGEL MORA

